

Comunalidad agroalimentaria frente al capitaloceno

Leonardo Javier Rossi¹

¹ IRES-CONICET. Doctor en Ciencia Política (CEA-UNC), miembro del Colectivo de Ecología Política del Sur (IRES-CONICET). Correo electrónico: leo.j.rossi.ep@gmail.com. <https://orcid.org/0009-0003-5778-4096>

Recibido: 15/03/2023. Aceptado: 01/05/2023.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202302.001>

Comunalidad agroalimentaria frente al capitaloceno

RESUMEN

Al concebir al capitalismo como un régimen ontológico que se halla en la raíz de la actual crisis ecológica y política, buscamos aquella praxis política contemporánea que contribuya a sanar el socio-metabolismo entre humanos, alimentos y territorios. En ese camino, el siguiente ensayo propone aportar una epistemología política que concibe a la comunalidad como una clave crítica para el diseño de una ontología política que pueda hacer frente al capitaloceno.

Palabras clave: Comunalidad, socio-metabolismo, ontología política, capitaloceno.

Food Commuality Against Capitalocene

ABSTRACT

When conceiving ecological and political crisis finds roots in capitalism like an ontological regime, we look for a novel political *praxis* contributes to heal the social-metabolic web between humans, food, and territories. In this way, the following essay proposes a political epistemology understanding communality as a critical key to design a political ontology against capitalocene.

Keywords: Communality, social-metabolism, political ontology, capitalocene.

1. PRESENTACIÓN

El siguiente artículo se propone realizar un aporte teórico conceptual en torno a la centralidad del vínculo onto-político entre las comunidades humanas y los territorios que habitan, mediado por el alimento. En ese sentido, se realiza una exploración en torno a esa relación desde enfoques principalmente antropológicos para reelaborar una perspectiva política de la noción marxiana de metabolismo social en clave comunal. Apoyado en miradas *ecomarxistas*, en la ecología política y en las teorías políticas de lo común en clave latinoamericana se va hilando una propuesta epistémico-política como vía provisoria para abordar la *politicidad* de las tramas agroalimentarias dentro de la actual crisis ecológico-civilizatoria.

Como punto de partida, en el segundo apartado se realiza un diagnóstico general en torno a la crisis ecológica y sanitaria a nivel planetario, con foco en las implicancias del sistema agroalimentario capitalista en este escenario. Dentro este apartado, se realiza un sub-bloque donde se concibe este contexto crítico como parte inescindible de los regímenes políticos hegemónicos que se han cimentado sobre una negación sistemática de los límites bio-físicos del planeta, y una concentración oligárquica de los bienes primarios para la reproducción de la vida.

Tomando como eje la noción marxiana de *metabolismo social*, el tercer apartado plantea una mirada de largo plazo en torno a la configuración onto-política de las comunidades humanas y las profundas imbricaciones entre la producción/obtención alimentaria, el cuidado de la naturaleza no-humana y los modos de cooperación social plasmados en formas específicas de lo político. Como contrapunto, el cuarto apartado aborda los efectos de la irrupción y expansión del capitalismo como matriz que organiza tanto los vínculos de las comunidades humanas a nivel interespecífico como a nivel intraespecífico, poniendo foco en la fractura socio-metabólica como fractura ontológica.

Un quinto apartado se aboca a recuperar la producción política comunal en el contexto contemporáneo, entendiendo la potencialidad emancipatoria que habita en estas formas de lo político como vía para afrontar los umbrales del capitaloceno. En esa línea y en continuidad con el eje trazado a lo largo del trabajo, se pone el foco sobre los entramados agroalimentarios que ponen en acto formas políticas de lo común abriendo horizontes concretos frente a las lógicas liberales de la política.

Por último, en el sexto apartado se esbozan algunas reflexiones en torno a lo que provisoriamente es denominado como *tramas de comunalidad agroalimentaria*, como un modo de captar la centralidad de la producción política de lo común en pos de ajustar los marcos interpretativos en torno a aquellas prácticas que marcan pistas para una praxis emancipatoria acorde a estos tiempos.

2. CRISIS DE LA VIDA CON EL SISTEMA AGRO-ALIMENTO EN EL CENTRO

Año a año se suceden informes de organismos públicos y documentos científicos que dan cuenta del grave estado ecológico-sanitario de la población global en general, en gran medida asociado al modelo agroalimentario hegemónico. El concepto de *sindemia* ha servido para ilustrar la sinergia de afecciones como la obesidad, la desnutrición y el calentamiento climático en los sistemas de salud, tendencias que tienen a los modos dominantes de producir, distribuir y consumir alimentos como parte sustancial de sus causas (Swinburn *et al.*, 2019). Descontada la gravedad que provocan afecciones como el sobrepeso o la carencia de nutrientes en los organismos humanos, cada vez adquiere un mayor grado de problematización la relación entre la salud de la Tierra y la salud de los cuerpos o la idea de *una sola salud* (Settele *et al.*, 2020).

Sobre este último punto, el modelo de agricultura industrial tiene mucho por explicar. Algunos datos sirven para ilustrar de forma nítida su nexo directo con la acelerada degradación ecológica. Este modelo avanza sobre enormes superficies boscosas, desplaza cultivos para la alimentación local, uniformiza la diversidad biológica, e intensifica las formas industrializadas (fosilistas) de las cadenas alimentarias sin tener correspondencia con un acceso justo y saludable al alimento para una porción significativa de los humanos entre hambrientos y subalimentados se ven afectadas unos 2 3000 millones de personas (FAO, 2022). El modelo agroindustrial ha contribuido de forma protagónica a que tres cuartas partes del ambiente terrestre y alrededor del 66 % del ambiente marino hayan sido alterados significativamente (IPBES, 2019). En estos procesos se ha fijado más nitrógeno sintéticamente, por el uso de fertilizantes y a través de la quema de combustibles, de lo que se fija de forma natural; una quinta parte de las pesquerías ya están sobreexplotadas y 44 % en su límite; la especie humana se ha apropiado de la mitad del agua dulce disponible; y desde 2013 por primera vez la humanidad convive con concentraciones de CO₂ superiores a las 400 ppm en la atmósfera (Ímaz Gispert *et al.*, 2015).

La abundancia de especies nativas en la mayoría de los principales hábitats terrestres ha disminuido en al menos un 20 %, en su mayoría desde 1900, y el planeta atraviesa la sexta extinción masiva de especies ocurrida en la historia terrestre (IPBES, 2019), pero esta vez la principal fuerza causal es la acción humana con la agricultura y la ganadería *agrocapitalistas* como actividades predatorias de punta. En América Latina, por ejemplo, se perdieron 42 millones de hectáreas de bosque tropical, entre 1980 y el 2000, como resultado principalmente del crecimiento de la cadena cárnica (IPBES, 2019). En directa relación con estos procesos, los humanos más el ganado y otras especies domesticadas, representan el 94 % del total de los mamíferos terrestres, en una alteración radical de los ecosistemas y las redes tróficas que los coproducen (Greenspoon *et al.*, 2023).

Sobre la emisión de gases de efecto invernadero, diversas estimaciones responsabilizan al sector agroindustrial con un 24 % del total mundial (OCDE/FAO, 2019). Las emisiones directas de la rama agrícola serían causantes del 11 % del total global, pero asimismo el sector genera indirectamente emisiones provenientes del cambio de uso de la tierra, por ejemplo, por los desmontes para abrir nuevos campos agrícolas (OCDE/FAO, 2019). De forma derivada, la ganadería sería demandante de dos tercios de las emisiones directas del modelo de monocultivos a gran escala. Otras miradas, que adicionan las distintas ramas de la cadena agroalimentaria industrial, sostienen que el sector aporta ya un 40 % de las emisiones de gases con efecto invernadero (Shiva, 2017), si se considera además de la deforestación, del uso de fertilizantes y del trabajo con maquinaria pesada, también a las largas distancias que recorren los granos, y las mega estructuras logísticas de acopio, empaque, refrigerio y distribución.

Respecto a la contaminación del aire, la agroindustria es considerada como la actividad productiva más nociva en varias regiones del mundo a causa de los impactos de la actividad ganadera intensiva, por un lado, y por el uso masivo de agroquímicos y fertilizantes sintéticos, por otro (IPES, 2017). Un apartado merece el uso y contaminación del agua, a la vista de las formas productivas agroindustriales, los desperdicios del sector, la ineficiencia de las cadenas de circulación y distribución. En América Latina y el Caribe, el 68 % de las extracciones de agua dulce corresponden al sector agrícola (OCDE/FAO, 2019). Se calcula que entre 1961 y el 2000 se triplicó (de 460 km³ a 1 340 km³) el comercio virtual de agua vinculado a la cadena agroalimentaria global (Pengue, 2008). Un ejemplo destacado de esta exportación de agua encubierta es el caso del cultivo de soja, que por ejemplo para el caso de Argentina se exporta en más de un 95 %. Tomando un promedio de las diversas eco-regiones que de por sí varían significativamente entre sí, se estima que cada nueve kilos de cosecha de esta oleaginosa se necesitan alrededor de diez metros cúbicos de agua, por lo que en una cosecha anual de cerca de 40 millones/tn se exportan más de 42 millones de m³ de agua (Pengue, 2008). El acople entre territorios y los complejos ciclos hídricos no solo se ve alterado de forma directa por la deforestación o por la falta de cobertura vegetal del suelo sino también por este trasvase a gran escala de agua.

El panorama descripto ubica la habitabilidad del planeta en puntos críticos, desconocidos para nuestros predecesores. Se trata de aceleradas alteraciones biofísicas a escala planetaria, un cambio de era geológica que sale de las condiciones seguras del Holoceno y da paso a la que ha sido denominada como era del *antropoceno* (Crutzen & Stoermer, 2000). Esa definición supone que es el linaje humano, en una acepción genérica, el responsable de las profundas alteraciones a escala global que han provocado, por ejemplo, la sexta extinción masiva de especies y el

propio riesgo de sobrevida humana en un periodo extremadamente breve, visto en tiempos geológicos. Aquí preferimos definir esta era como el *capitaloceno* (Moore, 2020), en tanto compartimos que los trastornos descritos tienen en su base al capitalismo como matriz específica de organizar las relaciones entre naturaleza humana y naturaleza extrahumana, que cuanto menos desde sus fases coloniales en la conquista de América ha ido ocupando progresivamente el planeta —mucho antes que la máquina a vapor y la revolución del carbón—, violentando, destruyendo, negando y/o alterando modos otros de organizar ese vínculo. Asimismo, cada definición implica un diagnóstico diferenciado, con orígenes y espacios específicos, matrices de poder concretas, para comprender las causas profundas y procesos que nos han traído hasta aquí. Por lo tanto, las estrategias de abordaje que surjan de estas definiciones ubicarán sus energías políticas en puntos marcadamente diferentes. En ese sentido, la noción de *capitaloceno* descubre y pone en el centro el régimen de relaciones de poder capitalistas, su locus de acumulación infinita desde su matriz originaria colonial-moderna, y allí ubica las raíces de la grave crisis ecológico-descripta en tanto crisis onto-política.

2.1. Una crisis ecológico-política

Los procesos descritos se sustentan en profundos déficits a nivel de los sistemas políticos: la concentración oligárquica de los mercados, de los suelos, del acervo genético y de las dietas en tanto estas implican la sustracción de dimensiones fundamentales de la reproducción social humana de los procesos de deliberación, decisión y gobierno colectivo. El contexto de crisis ecológica y climática explícita de forma aguda el carácter fallido de las formas de organización política hegemónicas, incapaces de garantizar un control democrático sobre el uso colectivo de los soportes mínimos para la reproducción de la vida de las grandes mayorías. El acelerado proceso de degradación del sistema de vida en la Tierra demanda transformaciones socioeconómicas de orden estructural a corto plazo que el *establishment* político de los estados-nación ha demostrado no estar dispuesto a encarar en tiempo y forma. Más bien por el contrario—y ahí el síntoma más evidente de la crisis en términos políticos—, existe de facto un consenso global en torno al mandato del crecimiento económico basado en la depredación de la naturaleza, con todas las consecuencias descriptas, que no logra resquebrajarse. Lo que a escala regional se ha denominado «el consenso de los commodities (Svampa, 2013) debido a la intensificación en las últimas décadas de una matriz primario-exportadora, con base en la depredación de la naturaleza, hace parte de un consenso global más amplio, que a la luz de los datos repasados acelera dramáticamente el funcionamiento geo-metabólico del capital (Machado Aráoz, 2017).

Este tiempo puede leerse en el marco de los procesos tecnológicos atados al capitalismo en su fase neoliberal que ha alterado el espacio para la reproducción de la vida en una escala territorial y a un ritmo desconocido en la historia humana (Gilly & Roux, 2008; Sassen, 2015). Estas reconfiguraciones socio-territoriales han sido caracterizadas como «formaciones predatorias», sostenidas por entramados de actores corporativos, gobiernos y millonarios que, en tiempos de alta incidencia de las finanzas, se mueven de una punta a la otra del globo trazando una brutal cartografía de «expulsiones» masivas (de humanos y no humanos) (Sassen, 2015). A su vez este capitalismo debe encontrar nuevas formas —edición génica, *fracking*, mega-minería, bonos climáticos, seguros ambientales, AG-TECH— de explotar las áreas ya conquistadas (Harvey, 2007; Gilly & Roux, 2008; Keucheyan, 2016).

Lo que expone este tiempo de «intrusión de Gaia» (Stengers, 2017), donde la naturaleza es devastada, pero esta ingresa en nuestra cotidianeidad como un actor político de peso (pandemias, multiplicación de las olas de calor, grandes inundaciones, migraciones climáticas) es que la crisis ecológica no es un tema de gestión ambiental sino una problemática eminentemente política. Se trata de comprender que este mundo ecológicamente inviable tiene en su base una profunda injusticia estructural que nace de la apropiación asimétrica de los medios de vida y de un régimen oligárquico-corporativo de gobierno de la economía-mundo (Machado Aráoz, 2020). Las acciones predatorias de las corporaciones no pueden comprenderse escindidas de la jurisdicción política de los Estados-nación (en general, el dominio del capital sobre el mundo de la vida, no puede realizarse sin la estructuración jurídico-política de los estados territoriales modernos) (Meiksins Wood, 2000). A la vista de la experiencia regional, las democracias representativas otorgan el soporte jurídico, por un lado, y construyen la hegemonía política para hacer viables estas dinámicas (Gilly, 2005). Al tiempo que los gobiernos impulsan esta expropiación, son también una y otra vez desbordados por la voracidad de las corporaciones y los organismos multilaterales (Gilly & Roux, 2008).

El contexto de crisis civilizatoria (donde subyacen las crisis migratoria, climática, alimentaria, sanitaria, laboral, económica-financiera) con las consecuentes pérdidas de proyectos colectivos de futuro, se ha vuelto tierra fértil para cultivar de forma creciente subjetividades frustradas, angustiadas y temerosas donde prenden fenómenos del llamado posfascismo (Traverso, 2018). Figuras como Donald Trump o Jair Bolsonaro, situados en los registros xenófobos, patriarcales, y abiertamente ecocidas, son tal vez las expresiones más descarnadas de este tiempo dentro de estructuras sociales gravemente dañadas. Sus irrupciones dan cuenta del corrimiento de los extremos ideológicos reaccionarios hacia el interior de los Estados-Nación.

Pero mientras estos dirigentes-personajes son la cara palpable de la negación de la humanidad como parte de una trama común de vida, no se puede perder de vista

que el amplio espectro de la política institucional a nivel internacional sostiene sus proyectos de gestión en base a la depredación de la biósfera, sea por modelos extractivos centrados en la exportación de materias primas, sea por modelos de consumo basados en la importación a gran escala de materiales y energías, o combinaciones de ambos mecanismos. Si Trump o Bolsonaro encarnan un negacionismo explícito, existe asimismo un negacionismo más amplio y difuso que rechaza que se han desbordado los límites biofísicos del sistema de vida; y un tercer negacionismo que, aunque reconoce la crisis ecológica, la minimiza, y confía en encontrar soluciones dentro del capitalismo (Riechmann, *Negacionismo, capitalismo y límites biofísicos este es el tema de nuestro tiempo*, 2002). La imbricación entre política y naturaleza en un sentido ontológico es una clave de lectura necesaria para interpretar estos tiempos y poder pensar las alternativas (Moore, 2020).

3. EL ALIMENTO, HUMUS ECOLÓGICO-POLÍTICO DE LAS COMUNIDADES

Un amplio corpus de literatura de corte antropológico nos permite observar la centralidad del alimento en la emergencia/configuración específicamente humana dentro de las múltiples manifestaciones del mundo de lo vivo (Fischler, 1995; Aguirre, 2017; Harris, 2017; Fernández Armesto, 2017). A lo largo de extensos, como contingentes, procesos evolutivos/adaptativos, los modos de obtener, distribuir y consumir los alimentos han fraguado formas de cooperación social que han permitido que comunidades humanas, en primer orden, subsistan y, por otra parte, modulen cualidades diferenciales respecto a otras criaturas terráneas. Esos intercambios/acoplamientos entre sujetos, comunidad y territorios para organizar y producir el sustento a través del trabajo configuran lo que desde una perspectiva eco-marxista se define como *socio-metabolismo* (Foster, 2004; Marx, 2014; Saito, 2022). En este sentido, cabe destacar que el proceso alimentario en las comunidades humanas ha implicado «una función biológica vital y al mismo tiempo una función social esencial» (Fischler, 1995, p. 14). «El hombre biológico y el hombre social, la fisiología y lo imaginario, están estrecha y misteriosamente mezclados en el acto alimenticio» (Fischler, 1995, p. 15). Desde tiempos primigenios, comer ha implicado para el hombre otras dimensiones que exceden el mero balance de nutrientes necesario para conservar un organismo vivo. Desde esta clave, se entiende que el alimento ha sido un nodo principal de las interacciones socio-metabólicas entre la naturaleza específicamente humana y la naturaleza genérica que se ha expresado en modos concretos de organizar la vida en común, es decir, a través de formas de lo político.

Estas diversas prácticas cooperativas en torno a los sistemas alimentarios contribuyeron de modo significativo a diseñar la socio-biodiversidad que fue distri-

buyéndose por el planeta. En torno a cada sistema alimentario se han articulado solapamientos de adaptaciones biológicas y culturales de larga duración mediante las cuales el linaje humano ha ido logrando habitar y codiseñar, con otras especies, diversas geografías. De un modo extendido, la Tierra ha sido habitada por sociedades que concibieron, sintieron, y vivieron en torno a un continuum entre humanidad y naturaleza; un flujo energético en base al cual han regulado las prácticas de producir y reproducir el ciclo de la vida, con la alimentación como punto de encuentro por excelencia de esa circulación (Reclus, 1906). En este sentido, vale apuntar que «en el campo de la ontología-política se confrontan modos diferenciados de intervención del mundo y modos de ser-en-el-mundo, dentro de lógicas de sentido y racionalidades diferenciadas» (Leff, 2017, p. 56). Y dentro de este campo, los diseños ontológicos relacionales, donde la cooperación se manifiesta en torno a una comunidad ampliada a sujetos no-humanos, han primado como sustrato de agenciamientos para producir la vida en tanto trama o red de vínculos de mutua dependencia (Descola, 2012; Viveiros de Castro, 2013; Escobar, 2017). En las ontologías relacionales «en lugar de separación hay continuidad entre lo que los modernos categorizan como los dominios biofísicos, humanos y sobrenaturales» (Escobar, 2017, p. 196). «Las relaciones entre humanos y no-humanos se presentan, en efecto, como relaciones de comunidad a comunidad, definidas en parte por las coacciones utilitarias de la subsistencia» (Descola, 2012, p. 33). Y de un modo similar ocurre al interior de los humanos, donde no hay separación entre individuo y comunidad tal como se concibe en occidente, se trata más bien de regímenes de persona relacionales, «en el que las personas existen en relación con los demás tanto como con, digamos, los ancestros, los seres espirituales, los seres naturales, etc.» (Escobar, 2017, p. 196).

Dentro de la vasta diversidad y complejidad de modos de organización política que ha proliferado en la historia humana (Graeber & Wengrow, 2022), tanto en formas que genéricamente denominamos como comunales como en sociedades organizadas bajo estructuras de tipo jerárquico-imperiales, ha primado una concepción implícita acerca de la inevitable eco-dependencia, de la complementariedad entre nichos ecológicos, y de la circularidad de los balances energéticos dentro de los territorios habitados de los cuales dependen los entramados alimentarios (Descola, 2012; Murra 1975; Davis, 2006). En ese punto, se torna significativo que en un amplio rango de formas de organizar políticamente la vida han primado dos principios básicos: por un lado, que todos los miembros de la comunidad deben (y puedan) alimentarse, lo que ha implicado mecanismos culturales y políticos de regulación entre la población, las prácticas agroalimentarias particulares y los territorios. Y, por otro lado, que todas las geografías donde los humanos se asentaron para habitar ofrendaban tanto las aguas como la posibilidad de obtener y copro-

ducir (con la trama no-humana) los alimentos necesarios para reproducir la vida. Estos dos principios marcan que «los sistemas de alimentación que han evolucionado para poder nutrir a la gente son, por naturaleza, locales» (Shiva, 2017, p. 131).

Estas características básicas se han expresado en prácticas y subjetividades políticas concretas para con el cuidado del territorio habitado, fuente de comida, de la energía vital. Trastornar las dinámicas de la comunidad no humana es afectar a una única Comunidad de comunidades de la cual se hace parte y de la que en un sentido derivado depende la propia vida. Es en esta dirección que se destaca aquí que las comunidades humanas han ejercido durante gran parte de su extensa historia, y en alejados puntos del planeta, un intercambio metabólico tendiente a la sostenibilidad integral del ciclo reproductivo: desde la recolección, pasando por la cacería/pesca, la horticultura y en torno a las propias agro-culturas, como en las diversas combinaciones de estas prácticas. A contrario de planteos que sitúan a la agricultura, reduciéndola a casos emblemáticos, como llave de ingreso a un corredor ontológico de desafiliación del mundo no-humano (Harari, 2020), esta forma de obtención/producción alimentaria —que adquirió cierta regularidad en diversos lugares del mundo hace entre 20 y 10 000 años— ha servido en gran medida a nutrir la diversidad bio-cultural de modo sostenible, y ha tenido detrás múltiples regímenes políticos.

Dentro de los llamados manejos agrícolas, comunidades diversas modificaron los hábitats para crear ecosistemas antropogénicos o paisajes, es decir, un manejo del espacio «que vino a complementar, no a sustituir a los hábitats originales» (Toledo & Barrera, 2008, p. 22). El objeto de estos diseños siguió el curso evolutivo de organizar el abasto alimentario, perfeccionando prácticas acopladas al territorio en busca de añadir nuevos alimentos «por medio de un adecuado manejo de los procesos ecológicos, geomorfológicos e hidrológicos sin afectar mayormente los ritmos y procesos naturales» (Toledo & Barrera, 2008, p. 22). Ejemplos significativos en torno a diseñar territorios sostenibles en dimensiones macro son la selva maya y la propia adquisición de una fisonomía selvática en la Amazonía (Nigh & Ford, 2019; Balée, 1989; 1993, citado en Descola, 2012, p. 36).

Lejos de una mirada idealista, no se desconoce aquí la existencia de sociedades atravesadas por profundas *fallas socio-metabólicas* como la sobreexplotación de especies producto de la cacería o prácticas agrícolas que estresaron ecosistemas locales, desertificando extensas áreas. Sin embargo, se procura poner de relieve la existencia de una gama de prácticas que han tendido al acoplamiento sostenible entre comunidades humanas y territorios frente a procesos histórico-geográficos concretos de colapso *antropogénicamente* generados, presentados como parte de un derrotero inevitable del homo. Como se ha planteado, los socio-metabolismos sostenibles como sus reversos fallidos implicaron e implican regímenes políticos subyacentes,

y en un plano más profundo, ontologías políticas diferenciadas. Desde esta perspectiva, tanto el trato que las comunidades humanas brindaron al resto del mundo no-humano como a sus propios congéneres ha sido el fundamento de lo político, en el más estricto sentido. Por lo tanto, se concibe aquí que «lo político nunca puede ser indiferente al modo en que se transforma la naturaleza para producir los bienes y las condiciones de producción y reproducción de la vida» (Tapia, 2009, p. 96). En su forma primordial, la política «se configura de acuerdo con el modo en que se organizan y piensan las relaciones de la vida social con la naturaleza, es decir, con el modo de producir los bienes necesarios para la misma» (Tapia, 2009, p. 15).

Tal como ocurre en torno a la relación entre comunidades y naturaleza extrahumana, respecto al propio vínculo entre sujetos y comunidad debe explicitarse la rica diversidad de formas políticas comunales que han existido, tendientes a la reciprocidad y el apoyo mutuo antes que, a la dominación y competencia, como base de los modos de cooperación social para producir y reproducir el sustento/alimento. Fue ese *metabolismo comunal* como forma política genérica una vía extendida para regular el acoplamiento entre comunidad-territorio. Bajo ese tipo de metabolismo se fraguaron prácticas y sensibilidades en torno al cuidado de la tierra que se habita con sus múltiples agentes y respecto al cuidado de la comunidad humana de la cual se depende, y ante la cual se dispone la propia vida en forma de trabajo, cuidado y goce en común.

Vale poner atención entonces a los modos de abordar la doble dependencia —ecológica y socio-cooperativa— en tanto ha constituido un rasgo fáctico de la supervivencia humana, que una y otra vez debió ser organizada en pos de la reproducción, y que, al verse trastornada, tuvo efectos gravosos para toda la trama de la vida. De modo esquemático, el objeto de este apartado ha sido dejar planteado que las comunidades humanas no han sido predadoras o ecologistas, egoístas o solidarias por naturaleza, sino que han procurado forjar diseños políticos concretos siempre abiertos a ser ratificados o abandonados que en su devenir han ido expresando esas diversas tendencias.

4. DESGARRO DEL TEJIDO COMUNAL DE LA VIDA EN LOS ORÍGENES DEL CAPITALOCENO

Decíamos que trastornos o fallas socio-metabólicas han existido en repetidos momentos de la historia. No obstante, será bajo el capitalismo como forma específica de organizar la vida social que la ruptura del metabolismo sociedad-naturaleza alcanzará una escala geográfica global y una dinámica de aceleración temporal sin precedentes, una verdadera *falla geo-socio-metabólica* (Machado Aráoz, 2017). Marx (2014) había apuntado a la noción de *fractura socio-metabólica* para dar cuenta del

desgarro socio-ecológico provocado por la forma específica que adquiere el vínculo entre el humano y la tierra, mediado por el trabajo, dentro del capitalismo. Su planteo partía de estudiar los negativos y múltiples impactos que se aceleraban al ritmo de la expansión agrícola de tipo industrial en contraposición a las prácticas agroculturales de subsistencia: acelerada disminución de la fertilidad natural del suelo; el trasvase a gran escala de nutrientes; la escisión radical de la forma de vida rural y la vida urbana; la contaminación sistémica en las saturadas urbes industriales; y el hambre políticamente producido.

La privatización de la tierra, del trabajo para obtener sus frutos y del propio alimento trastocaron en los más profundo a los sistemas alimentarios, convirtiendo un núcleo de comunión de las sociedades en un medio central de la acumulación capitalista. La tierra habitada en comunidad, trabajada bajo principios de utilidad común y requerimientos vitales quedó sujeta bajo el impulso a la acumulación de riqueza:

...la explotación racional y consciente de la tierra como eterna propiedad colectiva y condición inalienable de existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas que se suceden unas a otras, es suplantada por la explotación y dilapidación de las fuerzas de la tierra. (Marx, 2016, p. 752)

El intercambio metabólico entre comunidades humanas y tierra para procurarse el alimento ha moldeado la propia cooperación humana y, en un sentido correlativo, a las formas políticas de organizar este trabajo en común. Teniendo en cuenta esas consideraciones, el desgarró de esos intercambios vitales lleva implícitos profundos trastornos de orden ontológico-político. Al respecto, Wood plantea:

El capitalismo nació en el núcleo mismo de la vida humana, en la interacción con la naturaleza de la que depende la propia vida. La transformación de dicha interacción por parte del capitalismo agrario pone de manifiesto los impulsos inherentemente destructivos de un sistema en el que los fundamentos mismos de la existencia están sujetos a los requisitos que impone la obtención de ganancias. Dicho de otro modo, aflora aquí el secreto esencial del capitalismo. (2016, p. 218).

La ruptura con las ontologías relacionales afectó (y se retroalimentó) con los modos de concebir, organizar y producir las propias formas políticas. Como estudios filosóficos y antropológicos han revelado (Ingold, 2001; Sahlins, 2011; Descola, 2012; Latour, 2012; Vivieros de Castro, 2013; Haraway, 2019) existe una ontología política propiamente occidental como contrapunto de otros modos de organizar la vida social y su vínculo con la naturaleza no-humana, que se caracteriza justamente por esa separación antropocéntrica. Definitivamente fue el capitalismo como sistema de relaciones sociales y como modo de organizar el vínculo humano

con el resto de la trama de la vida que provocó «el distanciamiento de la producción económica respecto de los ciclos naturales y, por lo tanto, es el principal origen de los desequilibrios ambientales y de los desequilibrios entre sociedad y espacios» (Tapia, 2009, pp. 41-42). A la vez, se sustentó en una concepción de lo político desacoplada de lo cotidiano, «como un Estado que monopoliza la vida política y se configura como un conjunto de procesos de gobierno, de toma de decisiones, inclusive de administración del poder que tiende a desplazarse, a alejarse de los ciclos naturales» (Tapia, 2009, p. 42). Estos dos procesos simultáneos, «la vida política concentrada y alejada cada vez más de los ciclos naturales, tendencialmente se desarrollan como procesos de toma de decisiones que acrecientan esa distancia y desequilibrio» (Tapia, 2009, p. 42).

Los regímenes políticos occidentales se fijan así a la dualidad naturaleza-cultura, donde «la naturaleza es la necesidad: el egoísmo pre-social y antisocial con el que debe lidiar la cultura» (Sahlins, 2011, p. 31). La ciencia política del hombre preconcebido como animal salvaje y peligroso para los otros miembros de la sociedad que justifica las ideas de un poder externo centralizado y/o de un sistema de poderes libres, en teoría autorregulado, que conciliaría los intereses privados, parte de «una metafísica específicamente occidental» (Sahlins, 2011). El concepto «inherentemente occidental de la naturaleza animal del hombre como algo regido por el interés propio resulta una ilusión de proporciones antropológicas a escala mundial» (Sahlins, 2011, p. 67). Esta plataforma, que guiará la ontología política liberal moderna, parte de «una idea de esencia humana que constituye una antropología negativa, sintetizada en la imagen del individuo egoísta, calculador y posesivo, que es una reducción de la vida humana a solo uno de sus resultados históricos» (Tapia, 2011, p. 24). Por el contrario, en línea con lo planteado, en numerosas sociedades, «el interés personal tal como lo conocemos es antinatural en el sentido normativo: se considera locura, brujería o base para el ostracismo» (Sahlins, 2011, p. 53). «Más que expresar una naturaleza humana pre-social, esa avaricia suele verse como una pérdida de humanidad», en tanto «deja en suspenso las relaciones mutuas del ser que definen una existencia humana» (Sahlins, 2011, p. 67).

Las formas políticas comunales y las propias concepciones en torno al uso de la tierra-nutricia fueron alteradas en procesos simultáneos. Las concepciones tradicionales del territorio común fueron sustituidas por una nueva concepción de la propiedad como un derecho ‘privado’, excluyente de los demás individuos y de la comunidad «mediante la eliminación de las reglas que imperaban en los pueblos y de las restricciones a los usos de la tierra, mediante la rescisión de los derechos consuetudinarios de uso» (Wood, 2016, p. 208). En este sentido, el uso comunal de los soportes de vida —agua, bosques, selva, tierra de cultivo, por ejemplo— procedía de formas históricas de relaciones sociales y políticas concretas. La disolución de

los ‘bienes comunes’ no solo fue despojo sino disolución de la comunidad política-productiva. Como correlato de estos procesos socioeconómicos, «en la medida que la tierra se divide privadamente ya no hay condiciones ni necesidad de un gobierno común, en un sentido fuerte» (Tapia, 2009, p. 111).

En este punto cobra toda su relevancia la noción misma de *socio-metabolismo como categoría política* que resitúa a la comunidad —como parte y agente fundamental en la organización del entramado bio-físico que sostiene la vida—. Solo con las abstracciones construidas en torno a una esfera económica autónoma y a una esfera política igualmente escindida del resto de la vida como es el Estado/soberano fue posible excluir a la naturaleza no-humana del pensamiento político. Fueron esos procesos donde se forjaron los sujetos políticos modernos ajenos a su eco-dependencia y a su socio-dependencia, es decir, de espaldas a su co-implicación en la trama de la vida y a su autoproducción como sujetos políticos dentro de las tramas socio-comunitarias:

Tanto la dimensión pública como la dimensión privada que componen al individuo son el fruto de una misma abstracción privatizadora, que se da sobre una negación más profunda: la negación de los vínculos que enlazan cada vida singular con el mundo y con los demás. (Garcés, 2020, p. 33)

El capitalismo ha implicado enajenación fundamental de lo político, en tanto altera de modo sistémico lo político básico, es decir, la capacidad del sujeto social de organizar su vida material, sus necesidades, de forma autónoma dentro de una organicidad comunal (Echeverría, 2011). En cambio, «las sociedades que se reproducen de manera atomizada e inorgánica, bajo la forma de una serie de procesos de reproducción privados, carentes de relaciones de interioridad o comunitarias entre sí, se encuentran en una situación de crisis estructural» (Echeverría, 2011b, p. 76). Rosa Luxemburgo señaló que justamente «el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemático de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza su expansión» (2011, p. 180). En una línea similar, Polanyi remarcó que «la catástrofe que sufre la comunidad indígena es una consecuencia directa del desmembramiento rápido y violento de sus instituciones fundamentales» en tanto «el trabajo y la tierra se convierten en mercancías, lo que no es, una vez más, más que una fórmula abreviada para expresar la aniquilación de todas y cada una de las instituciones culturales de una sociedad orgánica» (2007, p. 260). Del mismo modo, Mariátegui (2010) apuntaba que, en América, tras la irrupción de los conquistadores, en buena parte del continente las formas de trabajo cooperativo comunales orientadas a la producción y reproducción de la vida cesaron de funcionar «de un modo solidario y orgánico».

El capitalismo produce sistemáticamente «una creciente desarticulación entre el espacio y las sociedades que los habitan históricamente, en el sentido que introduce un conjunto de relaciones externas, inorgánicas a los modos de reproducción local» (Tapia, 2009, p. 41). Y una de las formas principales de hacerlo «es desorganizar o destruir las estructuras de autogobierno» (Tapia, 2009, p. 41). Dicho de forma condensada, dentro del capitalismo la ruptura de las formas políticas comunales y la ruptura del vínculo humano con la naturaleza como proveedora de vida se implican mutuamente. Visto en su largo alcance, el trastorno ecológico-político que implicó la fractura socio-metabólica capitalista, oportunamente señalado por Marx, significó de modo más ajustado un desgarramiento del tejido comunidad-territorio de vida; de la comunalidad reguladora de la eco-socio-dependencia.

Como plantea Moore al argumentar en torno la noción de *capitaloceno*, «la manera de conceptualizar los orígenes de una crisis tiene mucho que ver con cómo respondemos a esa misma crisis» (2020, p. 205). Los desórdenes ecológicos, sanitarios y sociopolíticos de alcance planetario del presente tienen un derrotero específico. No se puede tomar cabal dimensión de los enormes desafíos políticos contemporáneos desconociendo la historia de alteración de los sistemas eco-agro-alimentarios y sus diseños políticos implicados para el devenir capitalocénico del planeta². Fue en el corazón del vínculo entre comunidades y territorios, del trabajo para procurarse el alimento, donde se incrustaron formas de (des)habitar el mundo ajenas a los requerimientos elementales para la reproducción sostenible del linaje.

5. RETEJER LO DESGARRADO, LA TRAMA COMUNAL

Con este enfoque en torno a las raíces de los trastornos ecológicos, sanitarios, sociales y políticos del presente, donde como se apuntó al principio, el proceso agroalimentario se encuentra como eje principal, se propone una aproximación epistémico-política que contribuya a captar aquellas formas/diseños/prácticas y horizontes que abren adaptaciones críticas y posibles salidas frente al capitaloceno. En tanto hemos sostenido que los modos de cooperación principalmente atacados por las lógicas del capital tenían y tienen en su base un ethos comunal, sostenemos que son diversas las manifestaciones contemporáneas de la producción política de

² En ese sentido es clave el análisis de la forma de plantación (De Castro, 1962; Moore, 2013; Tsing, 2019; Haraway, 2019) en tanto tecnología ecológico-política donde se prefigurará en gran medida el devenir capitalocénico del planeta: apropiación privada de la tierra, monocultivos orientados de forma exclusiva al mercado, cancelación de la socio-biodiversidad, debacle ecológica, hambre/malnutrición en el territorio agro-productivo, mecanismos de violencia para regular la fuerza de trabajo, *inferiorización* racial y de género, comando político exógeno a la comunidad agro-productora, y el paradigma actual de la *dueñidad* como sustrato ontológico (Segato, 2017).

lo común (Gutiérrez Aguilar, Navarro Trujillo & Linsalata, 2017; Gutiérrez & Navarro, 2019) sobre la que debe posar la mirada el pensamiento crítico.

Frente a la fractura socio-metabólica y su drástico quiebre ontológico en torno al trato humano para con la tierra y los propios congéneres, y de forma aguda en la concepción misma de la agricultura, de la comida y de la propia *comensalidad*, se revela la centralidad política que en nuestro tiempo adquiere la necesidad de captar aquellas prácticas que, desde el ejercicio cotidiano de entramados agroalimentarios disputan la alienación respecto a sentirse comunidades en la tierra. Fijar la atención en aquellas formas otras de producir el alimento, el vínculo con la tierra y la propia *socialidad* que liga a los humanos en sociedades políticas es una propuesta epistémica a la vez que política ante los efectos devastadores del devenir capitalocénico del mundo. Tal como ocurrió a lo largo de la historia, estas formas políticas aún en la actualidad representan una alternativa dentro de otras posibles, al tiempo que se tornan una urgente necesidad de supervivencia y un desafío político de escala en tanto la monocultura en su sentido más estricto ha colonizado la mayor parte del planeta, de los cuerpos y las subjetividades.

Desde esta perspectiva, se remarca el estatuto político de aquellas tramas agroalimentarias contemporáneas que tienden a resguardar la reproducción de la vida frente a los mecanismos que las han erosionado. Se trata de repensar así «la específica politicidad relacionada con las prácticas conexas con la sostenibilidad de la vida colectiva y las múltiples formas de autorregulación de tales conjuntos» (Gutiérrez & Navarro, 2019, p. 302), en particular, en lo que atañe a la relación entre comunidades, comida y territorio. Se trata de abordar esas «impurezas políticas» (Echeverría, 2011) frente a la hegemonía liberal a derecha e izquierda de concebir lo político³, donde exista una apuesta por suturar ese desgarramiento entre comunidad-naturaleza en torno al proceso agroalimentario. Allí donde la vida está amenazada, surgen apuestas por la sanación del metabolismo social que, de modo flexible, sin pretensión de universalidad, ofrecen aquellas tramas que, más reflexivas o eminentemente prácticas, se entretajan de forma regular en un territorio en común para organizar la producción/distribución de las energías agroalimentarias bajo mecanismos tendientes a construir *formas políticas de lo común*, lo comúnmente decidido y producido para el goce común.

Destacamos aquí a colectivos de agricultoras y agricultores, redes de consumo alimentario consciente, de espacios donde se articulan estos sectores o de intercam-

³ La filosofía política moderna se estructura como discurso racionalizador de la fractura sociometabólica en curso entre los siglos XV y XVII. A contramano de los estudios antropológicos en torno al proceso de hominización y su especificidad eco-comunitaria esta se montará en sus diversas versiones fundacionales sobre la antropología imaginaria del Individuo, con herencias de largo aliento hasta nuestros días.

bios frecuentes entre sujetos orientados a promover un vínculo con la tierra que recupere su dimensión humana, que tenga la escala local en el centro, que tienda a desintoxicar y bien-nutrir los suelos, el agua, los cuerpos y de forma especial las propias relaciones políticas en torno a la alimentación (Machado Aráoz & Rossi, 2020, 2020b; Sarmiento & Rossi, 2020; Rossi, 2019, 2020, 2021). Se trata de detectar, analizar y reflexionar en torno a aquellos ámbitos donde existan formas de cooperación social basadas en formas políticas de lo común, no mediadas ni derivadas a una instancia representativa, en torno a cómo, con quién, y de qué modo producir y distribuir la comida concebida de forma integral como un nudo clave para la sostenibilidad de la vida en el territorio habitado.

Sin desconocer los aportes ya existentes de un término como la Soberanía Alimentaria, este recorrido nos plantea la necesidad de apuntar a la especificidad de lo comunal sin ambages como centro de una propuesta epistémico-política. Lo que ha sido desgarrado es el metabolismo comunidad-territorio de vida y sus específicas formas políticas, por lo tanto, se torna tarea del pensamiento crítico ajustar la mirada en torno a aquello que debe ser sanado y bajo cuáles antiguas/nuevas formas políticas. En este punto, partiendo de reconocer el valioso aporte de la Soberanía Alimentaria como término llave para disputar en discursos y prácticas el sistema agroalimentario hegemónico en su fase neoliberal, se comparte aquí que su amplitud conlleva aspectos problemáticos respecto a su uso como categoría analítica (Edelman, 2014; Murray Li, 2014; Schiavoni, 2014). Desde esta perspectiva, se entiende que su diversidad de usos conspira a precisar lo que se pretende aquí nombrar. Mientras es reivindicada por organizaciones campesinas y urbanas de base, la Soberanía Alimentaria no deja de hacer parte asimismo de propuestas, discursos, imaginarios y prácticas situadas en registros liberales de la política, es decir de formas representativas desacopladas de la praxis entre comunidades concretas y territorios, con el faro del poder estatal en sus distintas escalas como una referencia sobredimensionada.

Asimismo, no se puede omitir desde una conceptualización crítica la genealogía del término *soberanía* tan implicado en la mirada estatalista de la política como sus alcances prácticos. «La propiedad privada, que se caracteriza por un monopolio del acceso a la toma de decisiones, es, en su base, un ejemplo derivado de la soberanía» (Hardt & Negri, 2019, p. 71). El vínculo entre soberanía e instituciones públicas tiene en la teoría política y social moderna «un nexo indisoluble». En términos concretos, actualmente el término *soberanía alimentaria* llega a ser utilizado por gobernantes que manifiestan que esta puede ser practicada a partir de decisiones tomadas y ejecutadas desde el Estado, en relación con la centralización estatal de la exportación granaria, tal como se han dado algunas discusiones públicas en Argentina en los últimos años. No es un dato menor que el concepto haya nacido, como

respuesta a la avanzada de las corporaciones y diversos gobiernos en plena expansión neoliberal del sistema agroalimentario, justamente para debatir en ámbitos institucionales dominados por paradigmáticas formas liberales de la política como son las Naciones Unidas y sus dependencias, como FAO. Asimismo, la relación entre las proyecciones en torno a la soberanía alimentaria y las políticas de los estados nacionales y organismos multilaterales para alcanzar el mentado objetivo es otro aspecto de recurrente asociación.

En otro orden, valen algunas especificaciones en torno a la agroecología como campo de enunciación y acción política hermanado a este recorrido, en tanto constituye otro valioso aporte al camino de búsqueda de otras lógicas agroalimentarias. Se pondera aquí la centralidad de la mirada territorial de la agricultura, tanto en términos agronómicos y ecológicos, pero también socioculturales (Gliesmann, 2013). Este modelo prioriza la sostenibilidad integral de los sistemas alimentarios, lo que no solo implica cómo se produce sino qué sujeto agrario produce y cómo es el circuito de consumo, su escala, las distancias que recorre el alimento, su accesibilidad (Altieri y Toledo, 2010). En la búsqueda de dotar de sentido político al término frente a las capturas corporativas también han surgido propuestas conceptuales de gran valía como la *agroecología política*, referida a modelos para la transición agroecológica, a partir de la articulación entre prácticas agroalimentarias locales y autónomas, movimientos sociales con incidencia en las decisiones de las políticas públicas, organismos estatales consustanciados con esta apuesta y una visión global del sistema agrícola (González de Molina, 2012; González de Molina & Caporal, 2013; Calle *et al.*, 2014). En igual sentido, diversas reflexiones han profundizado y enriquecido debates acerca de estas tensiones como así también sobre aspectos ontológicos del campo agroecológico (Giraldo & Rosset, 2016; Giraldo, 2018).

Si bien esos aportes han nutrido profundamente la mirada que aquí se esboza, aún percibimos que no acaban por dar cuenta de la especificidad de la dimensión política comunal, aquella que es nuestro foco de atención, y que como tal debe ser nombrada, puesta en el centro y diferenciada de otras lógicas, limitando el campo interpretativo de otras posibles formas políticas. Es crucial para este tiempo del pensamiento crítico poder categorizar esos ámbitos donde lo común con el alimento como nudo se materializa, en tanto su potencia radica en abrir horizontes alternativos justamente frente las formas liberales de la política y todo su andamiaje ontológico.

En ese sentido se avanza en nombrar y brindar estatuto dentro de las alternativas políticas como aporte crítico al imprescindible cultivo de esas otras formas políticas que *están siendo*, gran parte de las veces, en medio de caóticos y contradictorios procesos y prácticas.

6. COMUNALIDAD AGROALIMENTARIA

Hechas estas precisiones, se plantea esta propuesta epistémico-política como estricta explicitación y valoración de ámbitos donde la producción política de lo común brota desde una trama agroalimentaria geográficamente situada, territorialmente arraigada. Esta categorización provisoria se circunscribe a (y es su objetivo) dar cuenta de esos entramados que, en contextos normalmente adversos, de creciente individualización/individualismo, apuestan a cultivar lo que de forma embrionaria se denomina aquí como *tramas de comunalidad agroalimentaria* (Rossi, 2020, 2021). Es decir, espacios de producción política de lo común tendiente a cuidar y/o restituir el flujo vital entre humanidad y territorio con el tejido agroalimentario como centro. Se trata de formas cooperación, codecisión y goce común con el horizonte de sanar los territorios, los cuerpos, las emociones, y los propios vínculos humanos a través del hilo entre la tierra y la humanidad entretejido en el comer. Lejos de ser una visión «idealista» y/o «idealizada», esta perspectiva apunta a poner en el centro del debate político y económico(-ecológico), la centralidad imprescindible que las prácticas de reciprocidad, mutualidad y cooperación solidaria tienen para la reproducción de la especie humana. Se apunta a llamar la atención y advertir científicamente sobre lo comunitario, heredado como creado, cuanto como una tarea y un desafío político que precisa recrearse y reinventarse a cada instante, para la subsistencia de la humanidad.

La *comunalidad agroalimentaria* se hace cuerpo en esas experiencias que despliegan su capacidad de decidir en torno a la producción y el consumo alimentario como actividades humanas esenciales para garantizar la Vida en Común. La venimos observando desde ya en comunidades campesinas e indígenas que conservan mecanismos de producción comunal del sustento mediante formas políticas no jerárquicas, la mayor de las veces heredadas, pero asimismo irrumpe una y otra vez en espacios urbano-modernos bajo creativas dinámicas de asociaciones de agricultores, colectivas de consumo, ferias y redes de cooperación cruzadas todas estas por la agroecología como núcleo. Se trata de ámbitos que disputan *las formas sonámbulas del consumo* (Rivera Cusicanqui, 2019) como de la producción, justamente en el eje nodal que es la trama agroalimentaria.

Desde esta perspectiva no se puede omitir ni desconsiderar la envergadura de los desafíos que prácticas contrahegemónicas como esta, afrontan. Aquí se sostiene que una perspectiva realista requiere pensar el cambio, no desde la lógica del posibilismo, sino desde lo que real, efectiva y materialmente deberíamos hacer (y ya practican numerosas experiencias) para que el orden de la realidad cambie. En medio de la destrucción planetaria acelerada, estrechamente imbricada a la erosión del sentido ontológico de la humanidad en tanto cultivadora de la eco-socio-dependencia, son

estas tramas que recrean el tejido agroalimentario como bien ecológico-político comúnmente producido las que con-mueven para revitalizar los imaginarios de la (teoría y la práctica) política. Se trata, como ya se ha dicho en estas líneas, de una necesidad y un desafío: re-politizar hasta las raíces más profundas aquello que cotidianamente nos nutre, para así poder re-crear la comunalidad que el tiempo demanda en búsqueda de retejer el mundo-de-la-vida.

REFERENCIAS

- Aguirre, P. (2017). *Una historia social de la comida*. Lugar Editorial.
- Altieri, M. & Toledo, V. (2010). *La revolución agroecológica de América Latina: Rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesino*. ILSA-CLACSO.
- Calle, A. et al. (2014). Agroecología política: la transición social hacia sistemas agroalimentarios sustentables (pp. 244-277). *Revista de Economía Crítica*, 16.
- Crutzen, P. & Stoermer, E. (2000). The Anthropocene. *IGPB Global Change News*, 41.
- Davis, M. (2006). *Los holocaustos de la era victoriana tardía*. PUV.
- De Castro, J. (1962). *Geopolítica del hambre. Ensayo sobre los problemas alimentarios y demográficos del mundo*. Solar/Hachette.
- Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Amorrortu.
- Echeverría, B. (2011). Lo político en la política (pp. 169-179). En *Ensayos políticos*. Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Edelman, M. (2014). Soberanía alimentaria: genealogías olvidadas y futuros desafíos (pp. 65-81). En *Soberanía Alimentaria. Un diálogo crítico*. EHNE-Bizkaia. <https://elika-dura21.eus/wp-content/uploads/2017/04/ETXALDE-liburua-CAS.pdf>
- Escobar, A. (2017). *Autonomía y diseño: la realización de lo comunal*. Tinta Limón.
- FAO (2022). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*. <https://www.fao.org/3/cc0640es/cc0640es.pdf>
- Fernández Armesto, F. (2019). *Historia de la comida. Alimentos, cocina y civilización*. Tusquets.
- Fischler, C. (1995). *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Anagrama.
- Foster, J.B. (2004). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Ed. El Viejo Topo.
- Garcés, M. (2020). *Un mundo común*. Marea.
- Gilly, A. (2005). *Los vectores del orden neoliberal: flexibilización, desregulación, despojo, atomización*. <https://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/mexico/xochimil/coloquio/Docs/Mesa10/Adolfo%20Gilly%202.pdf>
- Gilly, A. & Roux, R. (2008). *Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos*. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160219034425/03gilly.pdf>
- Giraldo, O. (2018). *Ecología política de la agricultura: Agroecología y posdesarrollo*. Ed. El Colegio de la Frontera Sur.
- Giraldo, O. & Rosset, P. (2016). La agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales. *Guaaju*, 2(1), 14-37.

- Gliessman, S. (2013). Agroecología: plantando las raíces de la resistencia. *Agroecología*, 8(2) 19-26.
- González de Molina, M. (2012). Algunas notas sobre agroecología y política. *Agroecología*, 6, 9-21.
- González de Molina, M. & Caporal, F. (2013). Agroecología y política ¿Cómo conseguir la sustentabilidad? Sobre la necesidad de una agroecología política. *Agroecología*, 8(2) 35-43.
- Graeber, D. & Wengrow, D. (2022). *El amanecer de todo. Una nueva historia de la humanidad*. Ariel.
- Greenspoon L. et al. (2023). The global biomass of wild mammals. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 120(10). <http://doi.org/e2204892120>
- Gutiérrez Aguilar, R. & Navarro Trujillo, M. (2019). Producir lo común para sostener y transformar la vida: algunas reflexiones desde la clave de la interdependencia. *Confluencias*, 21(2), 298-324.
- Gutiérrez Aguilar, R., Navarro Trujillo, M. & Linsalata, L. (2017). Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión. En D. Inclán, L. Linsalata & M. Millán (Coords.), *Modernidades Alternativas* (pp. 377-417). UNAM / Del Lirio.
- Harari, Y. (2020). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Debate.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Hardt, M. & Negri, A. (2019). *Asamblea*. Akal.
- Harris, M. (2017). *Nuestra especie*. Alianza editorial.
- Harvey, D. (2007). *El Nuevo imperialismo*. Akal.
- Ímaz Gispert, M. et al. (2015). *Siguiendo la huella. El impacto de las actividades humanas*. UNAM/Siglo XXI.
- Ingold, T. (2001). El forrajero óptimo y el hombre económico En P. Descola & G. Pálson (Coords.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 37-59). Siglo XXI.
- IPBES (2019). *La peligrosa pérdida sin precedentes del ecosistema natural*. https://static.oma-malaga.com/oma/subidas/archivos/5/8/arc_8185.pdf
- IPES (2017). *Cómo entender el nexo alimentación salud. Las prácticas, economía política y las relaciones de poder para construir sistemas alimentarios saludables*. https://ipes-food.org/_img/upload/files/FoodHealthNexus_Report_Spanish.pdf
- Keucheyan, R. (2016). *La naturaleza es un campo de batalla. Finanzas, crisis ecológica y nuevas guerras verdes*. Capital Intelectual.
- Latour, B. (2012). *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. Siglo XXI.
- Leff E. (2017). Epistemologías del Sur: germinando alternativas al desarrollo En *Epistemologías del Sur para germinar alternativas al desarrollo*. En M. Eschenhagen & C. Maldonado (Eds.), *Debate entre Enrique Leff, Carlos Maldonado y Horacio Machado* (pp. 15-56). Universidad del Rosario / Universidad Pontificia Bolivariana.
- Luxemburgo, R. (2011). *La acumulación del capital*. Sedov ediciones.
- Machado Aráoz, H. (2017). América Latina y la Ecología Política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria En H. Alimonda, C. Toro Pérez & M. Facundo (Coords.), *Ecología política latinoamericana: Pensamiento crítico*,

- diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica. Volumen 2* (pp. 193-224). CLACSO.
- Machado Aráoz, H. (2020). *Pandemia: sintomatología del capitaloceno*. <https://comunizar.com.ar/pandemia-sintomatologia-del-capitaloceno/>
- Machado Aráoz, H. & Rossi, L. (2020). Repensar (la producción d-) el Pan, repensar (nuestra relación con) la Tierra. Clave para una renovación (y radicalización) del pensamiento crítico y las energías revolucionarias. *Bajo el Volcán Revista*, 1(29), 39-76.
- Machado Aráoz, H. & Rossi, L. (2020b). La pandemia como síntoma: pistas para una salida más humanizada del capitaloceno En *Hasta macharse: Tintas para resistir y re-existir* (pp. 244-262). La Tinta.
- Mariátegui, J.C. (2010). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Prometeo.
- Marx, K. (2014). *El Capital I. Crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2016). *El Capital III. Crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Moore, J. (2013). El auge de la ecología-mundo capitalista (II). Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima. *Laberinto*, 39, 9-26.
- Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficante de sueños.
- Murra J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Murray Li, T. (2014). Los retos de la soberanía alimentaria: las relaciones capitalistas y los desafíos de la elección En *Soberanía Alimentaria. Un diálogo crítico* (pp. 83-92). EHNE-Bizkaia. <https://elikadura21.eus/wp-content/uploads/2017/04/ETXALDE-liburua-CAS.pdf>
- Nigh, R. & Ford, A. (2019). *El jardín forestal maya. Ocho milenios de cultivo sostenible de los bosques tropicales*. Fray Bartolomé de Las Casas A.C. editorial.
- OCDE/FAO (2019). *Perspectivas agrícolas 2019-2028. Enfoque especial: América Latina*. <https://www.fao.org/3/ca4076es/CA4076ES.pdf>
- Pengue, W. (2008). El valor de los recursos En W. Pengue (Comp.). *La apropiación y el saqueo de la naturaleza. Conflictos ecológicos distributivos en la Argentina del Bicentenario* (pp. 51-99). Fundación Heinrich Boll, FAA, GEPAMA y Lugar Editorial.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación*. Quipu.
- Reclus, E. (1906). *El hombre y la tierra (I)*. Casa Maucci.
- Riechmann, J. (2020). *La crisis del coronavirus y nuestros tres niveles de negacionismo*. <https://theconversation.com/la-tesis-del-coronavirus-y-nuestros-tres-niveles-de-negacionismo-134749>
- Rivera Cusicanqui S. (2019). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.
- Rossi, L. (2019). Recuperar el alimento. *Ardea*. <https://ardea.unvm.edu.ar/ensayos/recuperar-el-alimento/>

- Rossi, L. (2020). Alimentación en tiempos de crisis ecológica, entre el “consumo responsable” y el tejido de una nueva comunalidad alimentaria. En *Topografías del consumo* (pp. 67-91). ESE editora.
- Rossi, L. (2021). El alimento, flujo energético vital entre la tierra y la humanidad. Reflexiones sobre una comensalidad crítica desde una trama agroecológica. *Aposta*, 90, 111-126.
- Sahlins, M. (2011). *La ilusión occidental de la naturaleza humana*. Fondo de Cultura Económica.
- Saito, K. (2022). *La naturaleza contra el Capital. El ecosocialismo de Karl Marx*. Bellaterra Ediciones.
- Sarmiento, C. & Rossi, L. (2020). *Córdoba agroecológica*. Unirío. <http://www.unirioeditora.com.ar/wp-content/uploads/2020/12/978-987-688-419-8.pdf>
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz.
- Schiavoni, C. (2014). Soberanías rivales, procesos controvertidos: Políticas de construcción de la soberanía alimentaria (pp. 117-132). En *Soberanía Alimentaria. Un diálogo crítico*. EHNE-Bizkaia. <http://elikadura21.eus/wp-content/uploads/2017/04/ETXALDE-liburua-CAS.pdf>
- Segato, R. (2017). *La guerra contra las mujeres*. Tinta Limón.
- Settele, J. (2020). *Las medidas de estímulo frente a la enfermedad por coronavirus (COVID-19) deben salvar vidas, proteger los medios de vida y salvaguardar la naturaleza para reducir el riesgo de que se produzcan futuras pandemias*. IPBES. https://www.ipbes.net/sites/default/files/2020-04/COVID19%20Stimulus%20IPBES%20Guest%20Article_Spanish.pdf
- Shiva, V. (2017). *¿Quién realmente alimenta al mundo? El fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*. Capital Swing
- Stengers, I. (2017) *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene*. NED.
- Svampa, M. (2013). Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina *Nueva Sociedad*, 244, 30-46. <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>
- Swinburn, B. *et al.* (2019). The Global Syndemic of Obesity, Undernutrition, and Climate Change: The Lancet Commission report. *Lancet*, 393(10173), 791-846.
- Tapia, L. (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. Muela del Diablo.
- Toledo, V. & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Icaria.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Tsing, A. (2019). *Viver nas ruínas: paisagens multiespécies no Antropoceno*. Mil Folhas.
- Viveiros de Castro, E. (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio. Entrevistas*. Tinta Limón.
- Wood, E.M. (2000). *Democracia contra capitalismo*. Siglo XXI.
- Wood, E.M. (2016). Los orígenes agrarios del capitalismo (pp. 195-220). *Monthly Review. Selecciones en castellano*, 3(2), 195-220.